

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Nombre y Apellido: Martini, Darío

Afiliación institucional: Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) UBA

Correo electrónico: dariomartini@yahoo.com.ar

Eje problemático: Eje 5. Política. Ideología. Discurso

Título de la ponencia: Intelectualidad y trotskismo en Estados Unidos en la década del treinta.

I- Introducción.

Intelectualidad y marxismo estadounidense en la historiografía

Al abordar el estudio de las relaciones establecidas durante la década del treinta entre la intelectualidad y las corrientes de la izquierda socialista revolucionaria en Estados Unidos, y en especial con la corriente marxista trotskista, se hace necesario despejar una serie de problemas y prejuicios preestablecidos. A la contingencia que significa la barrera idiomática con el mundo de las ideas *in English* y a la falta de traducciones de obras clave sobre la temática, se le suman además la falta de estudios sistemáticos. En nuestro país esto es muchas veces consecuencia de una serie de prejuicios con raigambre en el terreno político, intelectual y académico, que prefijan un *sentido común* que prima sobre la concepción que se tiene sobre la apreciación estadounidense de la realidad. Se asume muchas veces que las ideas impuestas por los capitalistas en su papel de clase dominante son lo suficientemente fuertes como para eliminar, no ya toda intención de disenso interno, sino también para provocar la total sumisión y aceptación de las condiciones impuestas como clase imperialista y borrar así todas las tendencias socialistas de dicho país. Como dice el profesor Pozzi: “[...] *el planteo general tiene características reduccionistas. Dado que en Estados Unidos no existe nada semejante a un partido socialista o laborista de masas, entonces se supone que los trabajadores aceptan plenamente el ‘status quo’*”.¹

A esto se le suma el problema de cómo se nos presenta en los manuales o resúmenes genéricos del tipo “Historia de Estados Unidos” a la década del treinta, donde por lo general encontramos que para retratar al período, además de intentar negar lo más posible el conflicto en la historia estadounidense, se hace casi siempre un esfuerzo supremo por presentar a la

¹ Pozzi, Pablo y Nigra, Fabio (Comps.) *Huellas Imperiales. Historia de Estados Unidos de América. 1929-2000*. Ed. Imago Mundi. Buenos Aires. 2003. Pág 42

figura de Roosevelt sobre un escaño de mármol, con las palabras Libertad e Igualdad cinceladas a sus pies². Por el contrario, se hace caso omiso de los organizadores y militantes con dinamismo propio dentro de la fecunda tradición de izquierdas de la primera mitad del Siglo XX estadounidense: muy activos y disconformes para con las políticas del *New Deal*. Se hace necesario entonces rescatar el legado y las tradiciones de la izquierda en Norteamérica (Canadá incluido) las cuales son poco menos que consideradas y menos aún comprendidas.

Se impone además la tarea de repensar lo que significó la izquierda *Radical*³ en los treinta en términos de un análisis que sostenga una perspectiva histórica coherente, que tenga en cuenta continuidades y rupturas, tanto en relación a las generaciones de luchadores y revolucionarios que la precedieron⁴, como a las que la prosiguieron en la posguerra luego del '68 estadounidense (coordinadores del Movimiento por los Derechos Civiles procedentes de las iglesias bautistas pero también del Partido Comunista o de los *Students for a Democratic Society* -SDS-, que posteriormente acusarían la influencia trotskista del Partido Socialista de los Trabajadores -SWP por sus siglas en inglés-). Todo esto nos permite inferir que el trotskismo en Estados Unidos fue en todo momento orgánico al movimiento contestatario, capaz a la vez de sostener un dialogo y una discusión política fluida con las organizaciones sociales y políticas que surgían al calor de la lucha de clases.

Cuando nos detenemos en el área de los estudios sobre movimientos contestatarios anticapitalistas o socialistas en dicho país, es común observar el hecho que no suele superarse una nostálgica barrera de los ‘sesentas’. Por el contrario, leer estos años en perspectiva de lo que significó la irrupción del movimiento obrero organizado durante el ascenso de masas de la década del treinta (y a éste en relación al tumultuoso 1919 norteamericano), con miles de obreros a la vanguardia de la lucha por adquirir derechos organizativos básicos (un patrimonio obtenido cincuenta años antes por sus pares en Europa), y del papel significativo que jugó la izquierda internacionalista (en este caso en particular el trotskismo) a lo largo de todo el proceso que forjó la CIO -*Congress of Industrial Organizations*-, nos permite redimensionar el papel de la izquierda *Radical* y la influencia que esta efectivamente tuvo a lo

² Este tipo de relato se encuentra sobre todo en la denominada “Escuela del Consenso” de principios de la década del cincuenta, que hace un esfuerzo considerable por desideologizar el proceso histórico. Ver: Pozzi, Pablo *et alia. De Washington a Reagan. Trabajadores y conciencia de clase en los Estados Unidos*. Editorial Cántaro. Buenos Aires. 1990.

³ En Estados Unidos el vocablo *Radical* denota un sujeto con concepciones políticas “de izquierda” o “ultraizquierda” (anarquistas, trotskistas, comunistas, etc), mientras que *Liberal* se utiliza para referirse a sujetos de tendencia socialdemócrata (que incluye la histórica “ala izquierda” del Partido Demócrata).

⁴ Por ejemplo los marxistas *DeLeonistas* del Socialist Labor Party, seguidores del teórico marxista Daniel DeLeon, los Socialistas *Debsianos* de la Segunda Internacional y los Comunistas de Lenin y Trotsky de 1917.

largo de los diferentes grandes movimientos de masas que sacudieron a Estados Unidos en el siglo XX. Además nos obliga a repensar lo que significó para la “Vieja Izquierda” atravesar la Segunda Guerra Mundial luego de la “limpieza” de activistas clasistas y de la izquierda revolucionaria de los sindicatos con el *Dies Committee* en 1941, allanando toda resistencia interna a la entrada de Estados Unidos en la contienda (encarcelando a los trotskistas con la aprobación de los miembros del Partido Comunista) y la lluvia de fuego posterior con el “Macartismo”.

Es por esto que, insistimos, es necesario redimensionar el peso de la izquierda previo a la Segunda Guerra Mundial. En reiteradas ocasiones se pierde de vista lo que significó para los movimientos mencionados anteriormente el internacionalismo militante (entendido no solamente como una consigna sino como una táctica organizativa) desplegado casi siempre en soledad desde la izquierda (y una práctica excluyente para el trotskismo). Si en los sesentas fue Cuba, Vietnam, o para el movimiento *Black Power*, la lucha de liberación en África, en los treinta lo era la lucha revolucionaria en España, la defensa de la URSS, pero también el bombardeo italiano sobre Etiopía. En el contexto del fervor político que se vivía en la época, la apelación internacionalista de la izquierda fue siempre su carta de presentación en los círculos intelectuales.

Lógicamente también, al detenernos con especial énfasis en década del treinta, no podemos dejar de observar el lugar que tuvo la izquierda (y el trotskismo) en la crisis, que dada su organicidad para con el movimiento obrero y por ende su privilegiada ubicación en el ascenso de la CIO, la ponían como interlocutor válido (y otro no menor de legítimo organizador) del movimiento, y le aseguraba un lugar preponderante en la discusiones con la intelectualidad de la época.

Tanto en los sesenta como en los treinta, el movimiento de masas se manifestó de las más variadas formas y con diferentes políticas. A fines de los sesenta y principios de los setenta, junto a las luchas de los descendientes de esclavos afroamericanos y la de los residentes latinos locales, los *chicanos* y los descendientes de pueblos originarios, se expresaron los jóvenes en constante estado de revuelta contra el Estado y la Guerra en Vietnam. Bajo el gobierno de Nixon hizo su aparición el movimiento obrero en huelga activa (Huegas de General Electric y de General Motors) que a comienzos de los años setenta ayudó a consolidar una “Nueva Izquierda”.⁵

⁵ Sobre los sesenta y setenta ver: Abarca, María Graciela *El fin de una ilusión. Los trabajadores estadounidenses en la era de Vietnam*. Ed. Imago Mundi. Buenos Aires. 2005.

Pero esa “Nueva Izquierda” estuvo precedida de una “Vieja Izquierda” previa al Macartismo y a la Segunda Guerra, que fue orgánica a un movimiento obrero que irrumpió en la escena política. En la conflictiva Norteamérica de los treinta, la izquierda cumplió un papel catalizador clave en el proceso histórico. Dentro de esa “Vieja Izquierda” el trotskismo fue una de las tendencias centrales, si bien como venimos apuntando, poco estudiadas. Salvo en la filial del sindicato *Teamster* de Minneapolis, (desde donde influenciaban todo el noroeste del país a través de su campaña de sindicalización -con su organo el *Northwest Organizer*-), o en las huelgas de General Motors en 1937, donde dirigían al movimiento, el trotskismo no era una corriente de masas. Sin embargo, su concepción de cuadros partidarios y su énfasis en el movimiento obrero, más su experiencia y prácticas sindicales provenientes de su pasado comunista internacionalista, sosteniendo prácticas partidarias democráticas, le daban un peso mayor al de la inserción obrera real; de hecho disputaba dentro del movimiento de la CIO un lugar por la dirección con el resto de la izquierda, con el Partido Comunista de Norteamérica por un lado, y con la derecha representada en los sindicatos en la figura de los ex socialistas del Partido Socialista (PS) reciclados en demócratas *rooseveltians* por el otro.

Lo que se conoce en Estados Unidos como *The Old Left* (la Vieja Izquierda) se pierde muchas veces en una nebulosa, sobre todo en nuestro idioma, pero también para las generaciones actuales de activistas e intelectuales de izquierda en Estados Unidos. No se abordan ninguna de las tesis o discusiones que se sostuvieron entre sus filas en ese entonces, y por lo tanto éstas no encuentran interlocutores que las revaliden a la luz de los acontecimientos actuales. Esa ‘nebulosa’ tiene aún hoy difusos e imprecisos límites en los que, según qué interlocutor, le son asignados a las personalidades de la época diferentes papeles, ya sea de héroes o de villanos, pero de los que no se sabe mucho o casi nada.

Muchos de los intelectuales que fueron miembros fundadores o que participaron en el trotskismo durante los treinta, eran miembros orgánicos de la intelectualidad de la época, parte de lo que el autor Paul Buhle denomina la *Culture Critique* (1925-1940) y John Patrick Diggins denomina para el mismo período *The Lyrical Left*. Así mismo cabe señalar que dentro del movimiento obrero y en la izquierda, muchos sindicalistas del PC se acercaron al presidente Roosevelt y a sus políticas del *New Deal*, dejando al trotskismo como una opción real de clasismo combativo y revolucionario. El mismo fenómeno se daría en el campo de la intelectualidad.⁶

⁶ Buhle; Paul *Marxism in the United States: Remapping the History of the American Left*. Haymarket Series. 1991. Pág. 155.

Diggins, John Patrick *The Rise and Fall of the American Left*. New York: Norton, 1992. Pág. 93.

En 1930, la intelectualidad de Estados Unidos estaba compuesta no sólo por académicos, escritores, profesores, profesionales y músicos, sino también por verdaderos intelectuales proletarios salidos de la clase obrera, del movimiento por los derechos de los negros de las federaciones de trabajadores inmigrantes yiddish, alemanes, rusos, finlandeses y de los países del Báltico, como así también del movimiento sufragista y de las iglesias y movimientos pacifistas.

Una intensa proletarización mezclada con la precariedad reinante en la economía rural de comienzos del siglo XX y la represión siempre efectiva sobre todo movimiento contestatario en formación, arrojaron por resultado diversas expresiones políticas que tendían muchas veces a verse forzadas a confluir organizacionalmente. Este fue el caso con la oposición a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, cuando tanto pacifistas religiosos como ateos recalcitrantes se organizaban en el ala izquierda del Partido Socialista, o el de los trotskistas con el pastor protestante y organizador pacifista A.J Muste en 1934, que al calor de los sucesos en el noroeste del país los encontró organizando huelgas con piquetes de obreros ocupados y desocupados, pero también discutiendo los escritos de Trotsky sobre el ascenso de Hitler al poder en Alemania, que habían causado gran impresión en Muste.

A medida que el movimiento obrero irrumpía en la escena política, con las famosas huelgas generales de Gastonia, Minneapolis y San Francisco, y con un 1934 que grafica el mayor número de huelguistas en la historia de Estados Unidos, la vanguardia política e intelectual era sacudida por diversas discusiones. Posteriormente, y ya entrada la década, frente a la enorme repercusión que tuvieron los Procesos de Moscú entre la intelectualidad mundial y con el escenario europeo con regímenes fascistas afirmados en el poder, la Guerra Civil española y el pérrido papel desempeñado por el estalinismo en la misma, y el fenómeno del Frente Popular en Francia, los intelectuales tuvieron por delante un amplio terreno político para transitarse.

“La crisis tomó por sorpresa a los intelectuales norteamericanos. No tenían ni el más mínimo presentimiento de la tormenta que estallaría sobre sus cabezas y que barrió con furia creciente a toda la nación. Durante todo el auge previo, la ilusión de prosperidad permanente había deslumbrado a los intelectuales como a todo el mundo. A pesar de que sus reacciones a este mito fueron bien diferentes a las del banquero, el comerciante, el agricultor

*o el trabajador, los intelectuales descansaban sobre la premisa común de que la prosperidad eterna sería la condición normal del estilo de vida norteamericano. La tremenda fuerza de la crisis mundial rompió esa ilusión, arrancando a un grupo de intelectuales tras otro de su acostumbrado miasma, dispersándolos en todas direcciones. A partir de 1929 se vieron impulsados lejos de sus puntos de vista sociales e ideológicos”.*⁷

A lo largo de la década, un importante número de intelectuales iba a acentuar sus posiciones reformistas, otros directamente se proclamarían anticapitalistas, y luego de una breve colaboración con el Partido Comunista, antiestalinistas, pasando en muchos casos a formar parte de las filas trotskistas. Es necesario aclarar que éste derrotero no se debe entender de manera evolutiva o gradualista, sino en respuesta a la vertiginosa fluctuación de los acontecimientos políticos que marcaron la década y que preparaban el terreno para la conflagración mundial que se avecinaba.

En las posteriores fusiones organizativas que, sobre la base de acuerdos de acción política, los trotskistas lograron realizar con otros grupos, atrajeron para sí la atención de diversas corrientes, como la mencionada del pacifista A.J. Muste, que contaba entre sus filas con la activa colaboración de Sidney Hook y James Burnham (ambos alumnos de John Dewey) y que venían de fundar el *American Workers Party*, o con destacados miembros de la intelectualidad negra como C.L.R. James y literarias, como John Dos Passos. Esto es escasamente tratado en la historiografía sobre la izquierda en Estados Unidos, y si bien existen muchos trabajos sobre la misma en Estados Unidos en los años treinta, ya sea en castellano como en inglés, son particulares y específicos, (por ejemplo; el Partido Comunista y su labor en el Harlem), o que la abrumadora mayoría sólo incorpora como izquierda marxista al Partido Comunista mismo. Tampoco se la tiene en cuenta en la tradición de nuevos estudios sobre el Partido Comunista de Estados Unidos que se consolidó como corriente historiográfica a mediados de los años ochenta⁸

A esto se suma un prejuicio muy extendido que insiste en demostrar el carácter alienado del trotskismo con respecto al movimiento obrero estadounidense y en darle una posición relegada en los planteos intelectuales de la época. Se demuestra lo contrario con la ruptura al interior del trotskismo a fines de la década (alrededor de la discusión sobre la

⁷ Novack, George “Los intelectuales norteamericanos y la crisis I”. Revista ‘New International’ N° 361, Febrero de 1936. http://www.ceip.org.ar/160307/index.php?option=com_content&task=view&id=2093&Itemid=141

⁸ Algunos de los más destacados “nuevos historiadores del comunismo norteamericano” son: Isserman, Maurice (*Dorothy Healey remembers, A life in the Communist Party*); Nelson, Bruce (*Workers on the Waterfront: Seamen, Longshoremen, and Unionism in the 1930s*); Schrecker, Ellen (*No Ivory Tower: McCarthyism and the Universities*); Painter, Nell (*A Narrative of Hosea Hudson: His Life as a Negro Communist in the South*); Naison, Mark (*Communists in Harlem during the Depression*).

validez de la dialéctica como método de comprensión de la realidad y sobre el carácter de la URSS) que arrojó a la arena política una infinidad de corrientes políticas, algunas de las cuales iban a tener peso preponderante dentro de la nueva coyuntura de posguerra. Muchos influyentes *Cold War Liberals* (liberales de la Guerra Fría⁹) provenían de sus filas y se encargaron de excusar sus pecados *Radicals* de juventud arrojando un balance negativo de sus años de acercamiento a Trotsky, validando sin proponérselo con sus diatribas el lugar preponderante que ocupó el político revolucionario ruso en la izquierda antiestalinista en Estados Unidos.

Además, y si nos atenemos al balance -parcial- que arroja Richard Rorty: “*Los más destacados e influyentes liberales de la Guerra Fría eran antiguos estalinistas, ex trotskistas o viejos compañeros de fatigas suyos que habían conocido la amarga división entre facciones que recorrió la política izquierdista durante la década de 1930*”¹⁰ insistiremos entonces una vez más sobre la necesidad de reparar en el profuso dinamismo de la vanguardia de izquierdas del período, y del papel que jugó el marxismo revolucionario en el movimiento de entre guerras, retomando en perspectiva las discusiones políticas de la época, momento histórico de transición de un capitalismo liberal a un capitalismo monopólico a gran escala.

Ascenso obrero, izquierda e intelectualidad

La participación en la Primera Guerra Mundial y la consolidación de nuevas formas de explotación sistematizadas en el fordismo reunían las características de un tipo peculiar de sociedad capitalista que el revolucionario italiano Antonio Gramsci denominaría *americanismo*, donde “*los nuevos métodos de trabajo están indisolublemente ligados a un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida*”¹¹. Trotsky tenía también esto en mente al analizar Estados Unidos: “*La ley de la productividad del trabajo es de importancia fundamental para las relaciones entre Norteamérica y Europa y en general para determinar la futura ubicación de Estados Unidos en el mundo. Esa forma superior que le dieron los yanquis a la ley de productividad del trabajo se conoce como producción en cadena, estandarizada o en masa*”¹². Estos “locos años veinte” fueron en realidad un período de grandes penurias para los asalariados estadounidenses, y un sembradío de derrotas para la

⁹ Por Liberal de Guerra Fría se entiende a alguien que en la posguerra se definía como anticomunista en el terreno internacional y reformista en el terreno doméstico.

¹⁰ Rorty, Richard *Escritos Filosóficos 4. Filosofía como política cultural*. Paidós Básica. Buenos Aires. Pág. 111.

¹¹ Albamonte, E y Romano, M *Trotsky y Gramsci, Convergencias y divergencias*. Revista de teoría y política marxista *Estrategia Internacional* N°19, enero 2003. Pág. 25.

¹² “*Tesis sobre la situación mundial y la tarea de la Internacional Comunista*”, en Mandel, E (Comp.); “*Teoría y práctica de la revolución permanente*” Siglo XXI Editores. México. 1983. Págs.229-252.

izquierda. Al sectarismo del Partido Comunista se le sumaban las noticias de retroceso revolucionario en Europa y la división en las filas de todo el movimiento obrero local. Las grandes luchas sindicales de los IWW eran cosa del pasado. Los intelectuales se recluyeron en las universidades y escasamente omitían opinión sobre hechos políticos y sociales, cuando no se ubicaban directamente como esa “...mínima cantidad de intermediarios profesionales de la política y la ideología” que necesitaba un régimen que imponía su hegemonía en el despotismo de la industria fordista.

Sin embargo, la crisis trajo en escena discusiones sobre el carácter del capitalismo y la sociedad estadounidense de los treinta, con el desembarco del *New Deal* y el Estado de Bienestar como telón de fondo. Estructuralmente, esta crisis se diferenciaba de las anteriores crisis del sistema capitalista, por un lado, como señalan varios autores, por su “universalidad” ya que repercutió en todo el mundo capitalista (salvo la U.R.S.S. que, como estado obrero, aunque burocráticamente deformado, capeó la crisis por tener una producción planificada de la economía y a la que los obreros más avanzados miraban como un faro entre la bruma), y por el amplio impacto que tuvo a nivel subjetivo en las masas, las cuales comenzaron a dudar sobre la solvencia misma del capitalismo. *“La depresión redujo seriamente la confianza en los jefes de los negocios. En ninguna parte del mundo habían gozado de tanto prestigio los titanes de las finanzas y de la industria, pero para 1932 los hombres de negocio que en la década de los veintes se habían arrogado el crédito de la prosperidad, fueron culpados por los malos tiempos. Un economista escribió: Es más fácil creer que la tierra es plana que creer que la iniciativa privada, por sus propias fuerzas, nos salvará”*¹³

La “crisis de confianza” de la que dan cuenta estos autores puso en evidencia que sólo mediante la corrupción el chantaje y la violencia, los hombres de negocios y sus monopolios habían podido imponer al capitalismo como sistema económico “natural” del suelo norteamericano. *“La sociedad capitalista había contraído lo que tenía todo el aspecto de ser una enfermedad endémica, con riesgo de desenlace fatal”*¹⁴

Por otra parte, el alto nivel de conflictividad desplegado por los trabajadores en su militancia sindical, y la dura resistencia que le presentaron al movimiento los grandes empleadores, imprimieron a la década una dinámica donde los esquemas previos fueron reformulados, refundados e incluso en diversas ocasiones, totalmente subvertidos, principalmente en contra de la larga tradición pragmatista que primaba en el terreno, y en

¹³ Morison, Commager y Leuchtenburg *Breve Historia de los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, BS.AS. 1997. Pág 719.

¹⁴ Dobb, M *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Ed. Siglo XXI. México 1975. Pág. 380.

contraposición a los proyectos previos de sindicalización por rama o, por parte de los empleadores, de sus propios sindicatos “amarillos”.

En los treinta entonces, contemplar la posibilidad de si había espacio para superar al capitalismo por una forma de organización racional de la producción resurgió con fuerza entre una intelectualidad que venía de un período de autoreclusión política e introspección académica con respecto al período de gran auge político y sindical que la precedió, al calor de la revolución rusa y la Primera Guerra Mundial. Para muchos, “the S word” (la palabra que empieza con S), como llamaban muchos al socialismo, reaparecía como una alternativa real.

Además, la crisis presentó la cuestión política de establecer qué clase social pagaría los costos de la misma en cada país. En Estados Unidos, la lucha de clases se intensificaba, mientras que en Europa surgieron regímenes cada vez más dictatoriales. La dictadura fascista se abrió paso en Italia, luego en Alemania y más tarde, a través de la guerra civil; en España, y los Juicios de Moscú presentaban a una Rusia bajo un “astro gemelo” de Hitler.¹⁵ A raíz de estos Juicios (que se conocieron como los “Procesos de Moscú”), los trotskistas pondrían en pie el Comité de Investigación sobre los Cargos hechos contra León Trotsky en los Procesos de Moscú.

Es cierto que el Partido Comunista tenía desplegado un amplio trabajo en lo que se llamaba el “frente intelectual”. Pero, si por un lado como menciona Paul Buhle, en el PC del Tercer Período no había espacio para el disenso y las lealtades políticas no podían fallar¹⁶, por el otro, los Procesos abiertos en 1937 en Moscú contra los colaboradores más cercanos de Lenin, Kamenev y Zinoviev, y el juicio en ausencia que se realizó contra Trotsky y su hijo León Sedov (asesinado por la GPU en 1938) terminó provocando que (en palabras de la prensa del PC) un verdadero “virus” trotskista se activara y expandiera entre la intelectualidad y los hombres y mujeres de letras estadounidenses. Frente a este fenómeno la prensa del PC reaccionaba afirmando que “[...] la palabra “intelectual” debía ser removida de los diccionarios, y en su lugar remplazarlo con el de “aristócrata obrero”¹⁷. Hasta el período del Frente Popular, el Partido Comunista prácticamente echó a los intelectuales de sus filas, mientras que la formación de sus cuadros era menos que mísera, como recuerda la dirigente californiana Dorothy Healey en su autobiografía¹⁸.

¹⁵ Trotsky, León *Los Astros gémeos de Hitler-Stalin*. En: *Guerra y revolución. Una interpretación Alternativa a la Segunda Guerra Mundial*, Tomo I, Ediciones CEIP León Trotsky. Buenos Aires. Agosto de 2004. Pág. 257.

¹⁶ Buhle. Op. Cit. Pág. 177.

¹⁷ Klehr, Harvey *The Heyday of American Communism. The Depression decade*. Harper Books. USA. 1984. Pág. 363.

¹⁸ Healey, D y Isserman, M *Dorothy Healey Remembers: A Life in the American Communist Party*. Oxford University Press. 1990. Pág. 73.

Sin embargo, a comienzos de la década eran los comunistas los que atraían la mayor atención. En 1932 formaron la “Liga de Grupos Profesionales” (League of Professional Groups) que publicaba *Culture and Crisis* (editada por Rorty), haciendo un llamamiento a votar por la formula Foster y Ford en las elecciones de 1932¹⁹. Hubo varios “puntos de inflexión” en la relación de los intelectuales con el estalinismo, como por ejemplo en febrero de 1934, cuando en una reunión convocada en Nueva York por el Partido Socialista y los sindicatos en el *Madison Square Garden* en solidaridad con los socialistas austriacos perseguidos por Hitler, fue disuelta por los estalinistas, que irrumpieron a los puñetazos y sillazos contra los presentes. John Dos Passos, James T. Farrell, Edmund Wilson, James Rorty, y Clifton Fadiman entre otros, salieron a denunciar los métodos utilizados por los estalinistas en una carta abierta.²⁰ El episodio del *Madison Square Garden* grafica una creciente politización que, por presión misma de la crisis y la situación internacional, dibuja una escena con intelectuales de distintas corrientes de pensamiento confluyendo a pasos agigantados en la arena política.

Trotsky siguió cada vez que pudo y con gran detenimiento la política norteamericana, sobre todo a partir de su estadía de dos intensos meses en Nueva York.²¹ Efectivamente, Trotsky tenía un lugar de considerable peso y presencia en la política de izquierdas en Estados Unidos. La prensa del PC no hacía más que denunciar a Trotsky y a los trotskistas, sin embargo estos eran abnegados organizadores y ganaban la simpatía de varios miles.

A la poco conocida experiencia neoyorkina de Trotsky se le agrega su contacto con destacadas figuras de la intelectualidad estadounidense que el mismo mantuvo desde 1917 en adelante. En su estudio sobre los orígenes del Partido Comunista, el historiador Theodore Draper le asigna un papel destacadísimo en la consolidación del ala izquierda del Partido Socialista.²² Al día siguiente de su desembarco, ya en el medio de una acalorada discusión en la que intervenían otros inmigrantes rusos, como Bujarin, Trotsky proponía y hacia votar que el ala izquierda del Partido Socialista publique su propio órgano, la *New Review*. Es revelador que Trotsky logrará hacer avanzar al ala izquierda del Partido Socialista. La *New Review*, atestigua Draper, le dio al ala izquierda la coherencia organizativa necesaria. Esto no se debe

¹⁹ Diggins. Op. Cit. Pág. 165.

²⁰ Novack, George “Los intelectuales norteamericanos y la crisis II”. Revista ‘New International’ Nº 363, Abril de 1936. http://www.ceip.org.ar/160307/index.php?option=com_content&task=view&id=2094&Itemid=141

²¹ “Heme en Nueva York, la capital fabulosamente prosaica del automatismo capitalista, en cuyas calles reina la teoría estética del cubismo y en cuyos corazones se entroniza la filosofía moral del dólar. Nueva York se me impone como la expresión más perfecta del espíritu contemporáneo” Trotsky, León. *Mi Vida*. Editorial Colón. México. 1946. Pág. 456

²² Draper, Theodore *The Roots of American Communism*. The Viking Press. Nueva York. 1957. Pág 72.

a que los rusos poseían la ‘varita mágica’ de la lucha política intrapartidaria, sino más bien que a su experiencia organizativa se sumaba que sus pares estadounidenses no lograban despertar del acelerado retroceso de su partido, que además de competir con la IWW estaba siendo desgarrado por luchas internas, y muy expuesto a la represión en el frente obrero. Sin embargo esto permite redimensionar la imagen o la figura que la izquierda pudo haber tenido de Trotsky. Los emigrados rusos creían que se iban a tener que quedar por un largo tiempo en Estados Unidos, cuando de repente Rusia amaneció al mundo con una revolución, la más radical de la historia, y en menos de un año estaría dirigiendo el primer ejército proletario, con su nombre que figuraba en cada periódico. El escenario de la plataforma de lanzamiento del Partido Comunista en 1919 en Chicago tenía un retrato de Marx flanqueado por el de Lenin (desconocido hasta 1917 por la izquierda estadounidense) y de Trotsky.

Los aliados de Trotsky en el período previo a la fundación del Partido Comunista, como Louis Fraina y Max Eastman, fundadores del PC, le permitieron a Trotsky trazar un estrecho vínculo con la intelectualidad estadounidense de izquierda. Fraina sería el defensor de las ideas bolcheviques en el ala izquierda del PS desde antes del viaje de John Reed y su regreso con los manuscritos de *Diez días que conmovieron al mundo*, mientras que Eastman se apresuró (torpemente, publicando sin permiso el testamento de Lenin) a defender a Trotsky desde tan temprano como 1924, cuando tras la muerte de Lenin, este comenzaba a recibir los fuertes embates de la burocracia que luchaba por consolidarse en el poder.

Posteriormente, de entre los intelectuales de izquierda estadounidense que apoyarían a Trotsky sobresaldrían James Cannon, Max Shachtman y George Novack.

Cannon provenía de la larga tradición militante de izquierda en Norteamérica previa a la Primera Guerra, cuando ser socialista revolucionario era nada más que; “*Una profesión que, antes de declarase la guerra democrática y ‘liberadora’, no se consideraba en los Estados Unidos más criminal que la de un contrabandista de alcohol*”.²³ Cannon había militado desde joven en los IWW y en el PS y fue parte de la dirección política y organizativa en ambos movimientos. Además, fue miembro fundador del Partido Comunista, enviado junto con Max Eastman y Bill Haywood como delegado al Cuarto Congreso de la Internacional Comunista en 1922.

Max Shachtman se destacaba como propagandista y teórico en el PC, y fue el primer comunista al que Cannon ganaría para las tesis internacionales de Trotsky. Ayudó a fundar la Liga Comunista de Norteamérica (CLA), predecesora del SWP.

²³ Trotsky, *L Mi Vida*. Op. Cit. Pág. 456

George Novack era lo que se entendía debía ser un *New York intellectual*, miembro de la intelectualidad judía de la ciudad, y como Eastman, exitoso editorialista y egresado de Harvard, se uniría tempranamente a las filas de los trotskistas luego de la crisis.

La organicidad de estos personajes con respecto a la izquierda *Radical* y al panorama de la intelectualidad estadounidense en el período de entre guerras, ponen sobre relieve la posibilidad de vislumbrar una relación más profunda entre Trotsky y la intelectualidad americana (que excede al internacionalismo desplegado por todos ellos en el seno de la Tercera Internacional) y de un posible entrelazamiento con el ala izquierda histórica (*the historic left wing* como la llama Draper²⁴). A través de estos privilegiados interlocutores, el diálogo fue establecido y luego profundizado.

A partir de 1933 la economía mejoró notablemente con respecto a lo más duro de la crisis, provocando una renovada confianza entre los trabajadores asalariados y estimulando un dramático giro en la lucha de clases. Los trotskistas se dedicaron a “acompañar este movimiento intuitivo de las masas e influenciarlo desde adentro”²⁵. Por otro lado, muchos intelectuales se convertían en ese entonces en fervientes *New Dealers*.

En 1934, los trotskistas dirigieron a la victoria las cruentas huelgas de los camioneros y transportistas (*Teamsters Union*) de la ciudad de Minneapolis²⁶: “las huelgas de Minneapolis probaron ser los ejemplos más acabados de huelgas dirigidas sobre la base de una amplia organización”²⁷. Estas huelgas avivaron el auge obrero, y le dieron un impulso fenomenal al movimiento que estaba forjando la C.I.O. Al final de las mismas, en 1935 la L.C.A de los trotskistas y el grupo de A.J Muste²⁸ (o “Musteistas”, el Partido de los Trabajadores de Norteamérica, el American Workers Party -AWP-), se fusionaron para formar el Partido de Trabajadores de los EE.UU. (USWP en inglés). Con el objetivo de engrosar sus filas, y frente al giro a izquierda de amplios sectores en la juventud del Partido Socialista que llamaba a conformar un “all inclusive party” (un partido ‘amplio’), los trotskistas ensayaron la táctica del “entrismo” al interior de sus filas por alrededor de nueve meses. La táctica dio resultado ganando para una postura pro Cuarta Internacional a casi la

²⁴ Draper Op. Cit. Pág 11

²⁵ Cannon en *The Militant*, (Dos de septiembre de 1933). Citado en: Chris Knox *Trotskists Work in the Trade Unions*, Serie de artículos publicados en el periódico *Workers Vanguard* de la Liga Espartaquista de América, entre Julio y Septiembre de 1973.

²⁶ Brecher, Jeremy *STRIKE!* South End Press, Boston, U.S.A, Tercera edición de 1977. Pág. 161

²⁷ Chris Knox, Op.cit. Pág. 13.

²⁸ A.J. Muste (1885-1967), era pastor protestante. Comenzó su actividad social como opositor a la Primera Guerra Mundial. Militante de los IWW; en la década del treinta organiza desde temprano a miles de desocupados. Muste era seguidor de los escritos de Trotsky sobre la situación en Alemania. Más tarde sería el formador intelectual de Martin Luther King, y un referente del movimiento por los derechos civiles.

totalidad de la juventud del PS.²⁹ A la salida de esta experiencia, a comienzos de 1938, fundaron el *Socialist Workers Party* (SWP). Entre 1935 y 1940, dirigiendo el ala izquierda de los *Teamster*, los trotskistas organizaron una campaña de afiliación intensiva que los lleva por toda la región del noroeste norteamericano³⁰.

Ya desde 1937, tanto desde su órgano central, que había cambiado su nombre por el de “*Socialist Appeal*”, como desde la prensa *Teamster* con el “*Northwest Organizer*”, los trotskistas denuncian la creciente militarización de la industria norteamericana como salida a la “recesión Roosevelt”. El estímulo para la economía vendría de la mano de un silencioso pero acelerado cambio hacia la economía de guerra; el *New Deal* cede paso a lo que los trotskistas caracterizaron como el *War Deal*³¹. Esta tenaz oposición a la entrada de Estados Unidos a la guerra, le costaría a la totalidad de su dirección política ser enjuiciados en 1941³².

A comienzos de 1937, alrededor de 200 mil obreros continuaban en huelga³³, en la industria quedaban aún millones de obreros sin agremiar; de hecho, el grueso de los mismos (alrededor de 40 millones), seguían sin derecho alguno a organizarse sindicalmente. La afiliación total no llegaba a superar al 20% total de los obreros de todo el país³⁴. Las mínimas concesiones que otorgaba el *New Deal* fueron suficientes para renovar las esperanzas de las masas de obreros y granjeros sobre una posible mejora en su situación económica. “*Como consecuencia de la combinación de estos factores, el auge obrero fue confinado a un mero nivel sindical-organizativo. Mientras las clases dominantes mantenían un firme control del gobierno del Estado, a la clase obrera le fue bloqueada toda posibilidad de acción política independiente, como así también de formar su propia herramienta política, expresada en partido de vanguardia*”.³⁵

Esto tendría repercusiones directas sobre la intelectualidad, que se dividió entre los nuevos seguidores de la nueva etapa del *New Deal* y aquellos que se oponían al mismo y buscaban profundizar el cambio social o defender abiertamente la causa del socialismo. Para 1937, en plena “recesión Roosevelt”, con un PC jugando un nefasto papel en España y con los

²⁹ Robles, Andrea *La táctica del entrismo en Trotsky y la construcción del partido revolucionario* (Ensayo), en Cuadernos CEIP. Bs.As. 2001.

³⁰ Green, James R *The World of the worker*. Hill and Wang. USA. 1980. Pág. 165.

³¹ AA.VV *Guerra y Revolución, Una interpretación alternativa de la Segunda Guerra Mundial - Tomo I*. Ediciones CEIP. Bs.As. 2004. Pág. 58.

³² El juicio está retratado por Cannon en *Socialism on Trial* Pathfinder Press. Inc. New York. 1942.

³³ Hodgers, Rodolfo “*El movimiento Obrero Norteamericano entra la crisis y la guerra*” (Artículo) Cuadernos del C.E.A.L. 1991. Pág 510.

³⁴ Davis, Mike *El estéril matrimonio entre los sindicatos norteamericanos y el Partido Demócrata* (Artículo). En: CIDE. *Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana*. Núm. 11. México: CIDE, 1er semestre de 1982; Pág. 102.

³⁵ Farell Dobbs *Teamster Bureaucracy*. Monad Press, Estados Unidos. 1977. Pág. 13.

Procesos de Moscú en las primeras planas de todos los diarios, se reproducía entonces el “virus” trotskista.

Los criticaban al gobierno por su política guerrerista, fueron blanco de una dura represión. Provocaciones, trampas, arrestos; todos los métodos eran válidos para amedrentar cualquier potencial embrión de oposición a la guerra. Hay que tener en cuenta que entre 1938 y 1939 el PC, debido al pacto entre Hitler y Stalin de 1939, también se encontraba en oposición a la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra, como así también el PS. Sin embargo no los persiguieron. La represión se explica en gran medida porque, aunque ignorado por la historiografía, el trotskismo tenía una influencia cada vez más creciente en la clase obrera. Por ende, tanto los empresarios como los partidos reformistas competidores estaban de acuerdo en reprimirlos. En esto es importante el papel del estalinismo en su difusión del trotskismo como “agente provocador” al interior del movimiento obrero.

Esto significaba un cambio substancial en la política laboral del Estado. Si entre 1933 y 1937 había permitido el desarrollo de la izquierda en el seno del movimiento obrero, la represión contra el trotskismo marca el comienzo del cambio que culminará 15 años más tarde con el Macartismo. Pensemos entonces que el *Dies Committee*³⁶ se inaugura con los trotskistas y que la Segunda Guerra Mundial es el comienzo de la sistemática persecución política interna (mal llamada “macartismo”).

La expulsión de los militantes combativos del seno del movimiento obrero fue parte del plan de las clases dominantes para aleccionar y disciplinar a la clase obrera de conjunto, y prepararla para la guerra. Durante este proceso, la nueva burocracia, con el apoyo de las patronales y el gobierno, se consolidó en sus puestos de mando en los sindicatos. La enorme campaña de difamación que dirigió el Partido Comunista en los treinta en las filas del movimiento obrero estadounidense contra Trotsky, sembrando una serie de prejuicios políticos (que probaron tener raigambre), acusando a los trotskistas de ser intelectuales enajenados y aristócratas obreros, y a las que se le sumarían las diatribas de postguerra de los renegados shachtmanitas (que con el pretexto de condenar el “imperialismo” de la URSS huyeron de sus posiciones revolucionarias y anticapitalistas), tuvieron como objetivo sembrar la idea de que tanto Trotsky como el trotskismo eran una corriente ajena a la realidad estadounidense y por lo tanto “foránea”

³⁶ En mayo de 1938, se estableció el Comité de Actividades Antiestadounidenses (HUAC por su nombre en inglés) como un comité de investigación especial. Como lo presidía Martin Dies Jr. y Samuel Dickstein, también se lo conoce como el *Dies Committee* (Comité de Dies). Su objetivo principal era investigar la participación de estadounidenses de etnia alemana en actividades nazis y del Ku Klux Klan. Con respecto a este último, el comité no tomó medida alguna.

El trotskismo norteamericano fue entonces en este período uno de los primeros blancos del gobierno. Las presiones de la política internacional y doméstica provocaron en 1940 una importante fracción y la posterior división al interior de sus filas. Su principal dirigente y referente mundial, León Trotsky, sería asesinado en México por un agente de Moscú en agosto de ese mismo año, y finalmente sus principales dirigentes serían enjuiciados por oponerse a la entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial.

Marxismo y pragmatismo. La discusión sobre “Medios y Fines”

Como máximo ejemplo del dinamismo de la situación entre la vanguardia política y la intelectualidad de la época encontramos histórico encuentro entre Dewey y Trotsky.

John Dewey era el máximo representante de la corriente de pensamiento pragmatista en el siglo XX. Dewey apostaba a un cambio social, y sostenía que este era posible mediante la instrumentación de un completo sistema educativo (que, en la tradición protestante americana, incluyese iglesias dispuestas a dejar de dividir el mundo entre salvados y condenados, como expone en *Una fe común*³⁷). Era un pedagogo de enorme formación académica e intelectual que consideraba dos elementos fundamentales en la sociedad, las escuelas y la sociedad civil, como los principales temas que requieren una debida atención y una reconstrucción para que se pueda fomentar la inteligencia experimental y la pluralidad.

Dewey visitó la URSS en 1928, y estaba muy impresionado por los avances de la revolución en el terreno de la educación. Confesó en sus “*Impressions of Soviet Russia*” que lo que él denominaba “*colectivistic mentality*” estaba siendo llevado a cabo a toda máquina en la URSS³⁸. Políticamente, Dewey impulsaba la unidad de todos los partidos reformistas del estilo *Labor Party* que pululaban en el escenario político de la época (que incluso detentaban gobernaciones, como las del estado de Minnesota), sobre la base de un planteo con raíces en el movimiento populista de fines de Siglo XIX, con su tradicional caracterización de una sociedad dividida entre ‘productores’ y ‘parásitos’. Así como colaboró activamente en la fundación de la NAACP (*National Association for the Advancement of Colored People*), Dewey también hostigó y logró expulsar a los dirigentes comunistas del sindicato de maestros de Nueva York (*New York Teachers’ Unions*) advocando falta de democracia interna.

Caracterizando a la intelectualidad norteamericana en 1934, los trotskistas observaban la defeción de las filas de los intelectuales ‘orgánicos’ al capitalismo y el giro a izquierda en las posiciones de aquellos considerados ‘críticos’. George Novack retrataba el panorama

³⁷ Dewey, John *Una fe común*. Editorial Losada 2005. Buenos Aires. Pág. 105

³⁸ El libro entero se haya en este sitio: <http://ariwatch.com/VS/JD/ImpressionsOfSovietRussia.htm>

intelectual y se detenía especialmente en el derrotero del viejo Dewey que “[...] todavía condena a los marxistas por su ‘dogmática’ creencia en la función de la fuerza como un instrumento de ‘cambio social’, y opone a la fuerza organizada de la clase obrera la abstracción de la ‘inteligencia socialmente organizada’ presumiblemente materializada en un partido reformista de la clase media. Sin embargo, Dewey era crítico del New Deal y al ver que a la Crisis sólo se la enfrentaba con lo que entendía eran paliativos (y para sorpresa de todos, con más de setenta y cinco años), decidió salir a la palestra política sosteniendo que “...la fuerza puede ser empleada de forma inteligente para desarmar y someter a la recalcitrante minoría”, puesto que esta última se oponía a la “experimentación social que conduce a un gran cambio social”. Esto era alentador para los trotskistas, que observaban en la pluma de Novack que “[...] su fe en los antiguos dioses está empezando a debilitarse. Reconoce explícitamente que la fuerza es uno de los pilares del orden social existente, y entonces va a conceder al menos, el derecho de ‘una mayoría organizada a emplear la fuerza para someter y desarmar a una minoría recalcitrante’. Y cierra Novack; “El fermento entre los ‘liberals’ estadounidenses, creada por el temor al fascismo, les presenta a los revolucionarios estadounidenses la espléndida oportunidad de intervenir y atraer importantes capas de las clases medias, y en especial a las mejores mentes de formación profesional e intelectual, para el lado del movimiento revolucionario. Si Dewey, a sus setenta y tantos años puede abrir una brecha, ¡Cuánto podemos hacer con las generaciones más jóvenes!”³⁹

Esta caracterización de la intelectualidad hecha por los trotskistas les permitió llevar adelante una política dinámica hacia la misma, que además de revalidar el peso y la influencia política de Trotsky (como así también sus caracterizaciones sobre la realidad estadounidense) entra la izquierda y la intelectualidad, les permitió darles fines políticos prácticos, como la campaña por el asilo político de Trotsky y la instrumentación de la famosa Comisión Preliminar que sesionó en México en abril de 1937. La misma estaba presidida por John Dewey y fue conocida de ahí en más como la ‘Comisión Dewey’.

La ‘Comisión Dewey’ obtendría notoriedad pública, Trotsky mismo fue tapa en abril de la revista *Time*, el mes de las sesiones mexicanas encabezadas por Dewey. Fueron despachados comunicados y telegramas de embajadas, partidos políticos, sindicatos y personalidades que se pronunciaban a favor y en contra de la misma. Por un lado en Minneapolis y desde el fortalecido sindicato *Teamster*, estrella junto con los trabajadores del

³⁹ Novack, G *Los intelectuales norteamericanos y la crisis* II. Op. Cit Págs. 16 y 17.

acero de la naciente CIO, hacían campaña para limpiar el nombre de Trotsky, y por el otro los miembros sindicalistas del archirrival Partido Comunista de Estados Unidos emitían uno tras otros comunicados en defensa de Stalin y los Juicios, apuntando a la falta de pruebas fehacientes por parte de la defensa del “contrarrevolucionario” Trotsky.

La Comisión que viajó a México se completaba con Otto Ruhle, biógrafo de Marx que votó junto a Karl Liebknecht contra los Créditos de Guerra en 1914 en el Reichstag; Suzanne LaFollete, periodista y editora (parte del famoso “Clan LaFollete” familia con tradición *progressive* en la política americana, su padre había sido senador en los veinte y su tío fue candidato a presidente en 1924); Benjamin Stolberg, historiador de la clase obrera, y Alfred Rosmer, quien fuera miembro del Comité Ejecutivo de la Comintern. Carleton Beals (especialista en asuntos latinoamericanos) y el periodista Mauritz Hallgren renunciaron (Trotsky pensaba desde el inicio que ambos -sobre todo Beals- eran agentes de Stalin, lo cierto es que Beals escribió varios artículos difamando a la Comisión). John Finerty, veterano de los Juicios contra Mooney-Billings y Sacco y Vanzetti, fue el asesor legal del Comité de Defensa de León Trotsky. Más tarde, Cannon reflexionó que para la campaña para poner en pie la Comisión, los trotskistas aprovecharon al máximo su entrismo en el PS, cuando pudieron establecer numerosos nuevos contactos en la prensa, la academia y demás círculos intelectuales.⁴⁰ Shachtman observaba que “*Nuestra campaña contra los Juicios de Moscú fue por demás exitosa, logramos nuestra primer gran número de simpatizantes*”.⁴¹

Hacia 1935, las tres fuerzas con más peso en la izquierda de Estados Unidos eran el PS, el PC y el nuevo partido de A.J Muste y los trotskistas. Los trotskistas, fundaron la revista teórica *New International* para darle un soporte a todas las discusiones de la época. A la Comisión Dewey le precedió un intercambio entre John Dewey y León Trotsky en la *New International*. Trotsky atacó las ‘emanaciones de moral’ y la sensiblería liberal en *Su moral y la nuestra* (Febrero de 1938). Dewey respondió con un artículo titulado “*Means and ends*” (Agosto de 1938)⁴².

El conflicto entre democracia parlamentaria y socialismo revolucionario preocupaba a Dewey desde hacía ya bastante. De hecho, se podría afirmar que el pragmatismo de Dewey reflejaba un enorme esfuerzo por superar el planteo europeo del socialismo como propuesta de organización superior a la explotación y a la desigualdad capitalista. Dewey concebía la

⁴⁰ Cannon, J P *La historia del trotskismo norteamericano*. Op. Cit 243

⁴¹ Ashton Myers, Constance *The Prophet's Army. Trotskyists in America, 1928-1941*. Greenwood Press. London. Pág. 135.

⁴² Completo en internet en:

http://www.ceip.org.ar/160307/index.php?option=com_content&task=view&id=2100&Itemid=141

posibilidad (utópica e idealista desde el punto de vista del marxismo) de que se podía acceder a la tan deseada autosuficiencia de la sociedad sin necesidad de tener que recurrir a la lucha de clases, inevitable para el marxismo y que para Dewey no constituía más que una “abstracta” ley histórica. En *Su moral y la nuestra*, Trotsky señalaba que hasta los filósofos utilitaristas insistían en que los medios justifican los fines. Anarquistas y demócratas postulaban verdades morales “eternas” y principios “absolutos”. Para los marxistas, la revolución es el fin último a alcanzar y por lo tanto es necesario utilizar todos los medios que ayuden a cumplir dicho objetivo. Pero la dialéctica de los medios y los fines actúa de forma tal que sólo ciertos medios conducen a ese fin, y sólo son útiles aquellos medios que “acrecen la cohesión revolucionaria del proletariado” en los obreros revolucionarios y les imbuyen el necesario coraje y la conciencia del papel que tienen asignados, para poder cumplir con el desafío histórico que tenían por delante.

Trotsky y Dewey chocaron veladamente sobre la cuestión de la democracia. En los interrogatorios de la comisión que sesionó en México (publicado ese mismo año como libro bajo el nombre de “El caso León Trotsky”), y ya sobre el decimo día de sesiones, atestiguamos la siguiente discusión:

Dewey: (...) ¿Existía algún método organizado, reconocido, mediante el cual, más allá de la crítica y la discusión, el trabajador podía controlar los comités, las diferentes ramas del Partido?

Trotsky: ¿Del Partido o del Soviet?

Dewey: Del Partido.

Trotsky: Era un derecho sólo de los militantes del Partido cambiar el partido y controlar el partido. En los soviets, era un derecho también de quienes no eran militantes del Partido; la Constitución garantizaba a los obreros y los campesinos el derecho de remover en cualquier momento a sus representantes de los soviets y elegir nuevos representantes.

Dewey: No me refería a los soviets. Me refería a los organismos dirigentes del Partido.

Trotsky: Los organismos del Partido eran elegidos sólo por los militantes del Partido y se sometían sólo al congreso partidario.

Dewey: Bajo estas circunstancias, ¿Cómo puede decir que era democrático?

Trotsky: No dije que era democrático en un sentido absoluto. No considero a la democracia como una abstracción matemática, sino como una experiencia viva del pueblo. Fue un gran paso hacia la democracia desde el viejo régimen, pero esta democracia en su expresión formal estaba limitada por las necesidades de una dictadura revolucionaria.⁴³

⁴³ *El caso León Trotsky. Informe de las audiencias sobre los cargos hechos en su contra en los Procesos de Moscú.* Realizadas entre el 10 y el 17 de abril de 1937 en Av. Londres 127, Coyoacán, México.

Dewey estaba forzado a buscar una respuesta que rebatiera los argumentos de Trotsky. Su filosofía pragmatista e instrumental también rechazaba la moral atada a preceptos y ponderaba las consecuencias pragmáticas, y por lo tanto el marxismo y el pragmatismo confluían en la negación de juicios morales trascendentales en la historia.

Dewey criticaba entonces la “ley histórica” de la lucha de clases postulada por el marxismo; *“Hay probablemente varias, quizás muchas maneras diferentes por medio de las cuales se puede llevar adelante la lucha de clases. ¿Cómo se puede elegir entre opciones diferentes, si no es examinando sus consecuencias en relación con la meta final de la liberación de la humanidad? La creencia de que una ley de la historia determina la forma particular en que la lucha se llevará a cabo, parece tender hacia una devoción fanática y mística, incluso con el uso de ciertas formas de llevar a cabo la lucha de clases, se excluye toda otra forma de llevarla a cabo”*⁴⁴. Aquí recordamos nuevamente que por “otra forma” Dewey no presentó otra alternativa que un partido del tipo *Labor Party*, o en la posguerra, apoyando la candidatura del ex vicepresidente de Roosevelt, Henry Wallace en 1948 por el “Partido Progresista” creado solamente para la ocasión, (cuestión que además lo encontró confluendo organizativamente con su odiado PC, que apoyaba al candidato demócrata como alternativa a la escalada anticomunista que reaparecía en escena).

Dewey cierra su artículo “Medios y fines” diciendo *“La única conclusión a la que puedo llegar es que, para evitar una especie de absolutismo, Trotsky se hundió en otro tipo de absolutismo. Parece que hay una curiosa enajenación entre los marxistas ortodoxos sobre la fidelidad hacia los ideales del socialismo y los métodos científicos (científicos en el sentido de basarse en las relaciones objetivas de los medios y las consecuencias) para lograr, con la lucha de clases, la ley del cambio histórico. (...) Deducir los fines establecidos de los medios y las actitudes de esta ley como el punto de partida, hacen que todas las cuestiones morales, es decir, todas las cuestiones del fin final, no tengan sentido”*. En su obra “*El club de los metafísicos*”, Louis Menand señala que *“Dewey admiraba el coraje de Trotsky y la sofistificación dialéctica de su mente, pero como le dijo a uno de los americanos que viajaron con él [a México], lo consideraba ‘trágico. Ver tal brillante inteligencia nativa encerrada en*

Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones (CEIP) “León Trotsky”. Buenos Aires. 2010. Págs. 382 y 383. Este fragmento pertenece a la sesión decima del libro y también está citado en la obra de Diggins Op.Cit. Pág. 179.

⁴⁴ Dewey, John *Medios y Fines. Sobre “Su Moral y la Nuestra”* The New International, Volumen IV, Número 8 Agosto de 1938:

http://www.ceip.org.ar/160307/index.php?option=com_content&task=view&id=2100&Itemid=141

absolutos”⁴⁵ De todas maneras, Dewey cuestionó la validez de las pruebas presentadas por Moscú en contra de Trotsky y salió en su defensa.

En este punto, el historiador trotskista francés Frederick Douset sale en nuestra ayuda para cerrar esta introducción a la problemática aquí trazada. Dice Duset que en la discusión sobre la democracia; “*No existía una respuesta automática sobre lo que estaba permitido o lo que era inadmisible porque* –citando a Trotsky desde “*Su moral y la Nuestra*”-, “*...las cuestiones de la moral revolucionaria se confunden con las cuestiones de táctica y estrategia revolucionaria*”. *Por lo tanto, “el materialismo no separa el fin de los medios” ya que este se deducía del devenir histórico de manera muy natural. El fin y los medios eran interdependientes, cambiantes y justificados por las definiciones anteriores. Trotsky respondía a Dewey así: “Los medios están subordinados orgánicamente al fin. El fin inmediato se vuelve el medio del fin ulterior”*

Y agrega Duset: En *algunos versos considerados* (por Trotsky) *muy incompletos que tomó prestados a Lasalle, se encuentra una conclusión a este debate con Dewey*:

*“No muestres solamente el fin,
Muestra también la ruta,
Porque el fin y el camino están tan unidos
Que uno en otro se cambia
Y cada nueva ruta revela un nuevo fin”*

Si por un lado Dewey salía a batallar las injusticias con la esperanza de sembrar “una apuesta al futuro”⁴⁶, por el otro, el marxismo revolucionario encarnado en la ya mítica figura de Trotsky, libraba una desigual batalla a dos frentes contra el capitalismo por un lado y el estalinismo por el otro.⁴⁷

Trotsky reapareció en los treinta directamente del panteón de los héroes de Octubre, como el que Deustcher llamaría el “Profeta Desterrado” (1963), aquel que había resguardado la conciencia de la Revolución, y si muchos vieron en Stalin la única respuesta a Hitler, otros

⁴⁵ Farrell, James T *Dewey in Mexico*, en John Dewey Philosopher of Science and Freedom, comp. por Sidney Hook (Nueva York, Dial, 1950). Menand, Louis *El Club de los metafísicos. Historia de las ideas en los Estados Unidos*. Imago Mundi Editorial. Barcelona. 2001. Pág. 441

⁴⁶ Dewey murió en junio de 1952. “Cinco meses más tarde, Estados Unidos hizo estallar una bomba de hidrógeno sobre la isla de Elugelab en el Pacífico, y para muchos americanos (también para mucha gente que no era americana) el mundo pareció un lugar diferente. Holmes James y Dewey, figuras que habían dominado la vida intelectual americana durante medio siglo, parecieron entrar en un eclipse casi total. Un movimiento del pensamiento surgido de la experiencia de la Guerra Civil pareció llegar a su fin con la Guerra Fría. ¿Por qué sucedió esto? Menand, Ídem. Pág. 442.

⁴⁷ Es en este sentido que se puede entender la afirmación de Eric Hobsbawm de que “*la historia real del trotskismo como corriente del movimiento comunista internacional es una historia póstuma*”, aunque el historiador no toma en cuenta su reaparición en la escena política mundial de fines de los sesentas o el activo internacionalismo militante desplegado y sostenido durante primera Guerra Fría de fines de los cuarenta y durante los cincuenta) Ver: Hobsbawm, Eric *Revolucionarios*. Editorial Crítica. Barcelona. 1973. (Biblioteca de Bolsillo, Edición octubre de 2010) Pág. 15.

vieron en Trotsky la única respuesta a Stalin. El trotskismo representaba la última esperanza de que el significado de la Revolución de Octubre no se perdiera en la larga noche del totalitarismo.

El pragmatismo de Dewey buscaba salvar el espíritu democrático estadounidense que echaba raíces en toda la tradición intelectual del Norte previo a la Guerra de Secesión. Con el estudio del acercamiento que significó el encuentro entre (en palabras de Trotsky) “el educador, pensador y genuina personificación del Idealismo estadounidense”⁴⁸ John Dewey, y la máxima autoridad del marxismo anti estalinista a nivel mundial, León Trotsky, encontramos entonces un lugar muy poco explorado en el terreno del estudio de las ideas políticas en Norteamérica, o al menos un punto de partida para varios interrogantes y planteos sobre el tema. Estas dos corrientes de pensamiento atravesarían grandes cambios y no volverían a poseer los rasgos previos a la Segunda Guerra. Ambas estaban recorriendo el camino de la crisis mundial y el horizonte de la guerra que adelantaba lo que se conocería como Complejo Militar Industrial, que definiría al mundo de posguerra.

⁴⁸ Diggins Op Cit. Pág. 182.